

LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA LECTURA Y LA NOVELA NACIONAL: El caso chileno

Juan Poblete

University of California, Santa Cruz

Resumen: Este trabajo estudia la generificación (la asignación de un género sexual) de los elementos del debate sobre la novela nacional en el siglo XIX en Chile. Analizando el caso de Alberto Blest Gana, sostengo que la novela nacional se propuso como una intermediación entre dos polos. Por un lado, la lectura por placer era socialmente percibida como femenina. La lectura de los textos clásicos era, por otro, masculina porque suponía un trabajo y una dificultad que hacía que el retorno recibido de la inversión de tiempo y dinero en la actividad fuera productivo, es decir, legítimo. En este contexto, la novela nacional y su lectura se construían como formas de mediación de estas polaridades que organizaban y constituían la cultura nacional. La hipótesis general es que la lectura de periódicos y las lecturas hechas en periódicos (como folletines y artículos) ocuparía un lugar intermedio que terminaría por mediar la distancia entre aquellas formas de lectura socialmente construidas.

Este ensayo quiere destacar la importancia de las prácticas de lectura en la determinación de las formas concretas de existencia histórica de la literatura. Intentaré caracterizar una parte de la concreción histórica e institucional de la literatura en Chile en la segunda mitad del siglo XIX a partir de la interacción entre prácticas autoriales y lectoras, en un caso en particular: el del novelista chileno Alberto Blest Gana (1831–1920) y sus lectores. Mi hipótesis es, por una parte, que el discurso y la práctica novelesca de Blest Gana intentaban desmarcar y des-estigmatizar socialmente la novela, su escritura y su lectura por la vía de su nacionalización productiva. Por otra parte, propongo que ello era, al menos en parte, el resultado de la estructura de la demanda lectora. Esto supondrá, centralmente, discutir la generificación (asignación de un género sexual) de los términos del discurso cultural. Mostraré así cómo se puede leer el discurso literario chileno del siglo XIX ya no desde la simple posición textual y autorial tradicional sino desde su oposición a la posición y acciones paralelas de los públicos lectores y por ello productores de literatura.

Ya en 1841, en su artículo “La publicación de libros en Chile,” el es-

critor argentino Domingo Faustino Sarmiento decía: “¿Quereis que la prensa ejerza su influjo sobre los ánimos del mayor número posible? Preparad lectores: porque sin ellos la prensa será un arma sin filos, un grito para sordos. Preciso es formar la razón pública; i esta es la tarea de las discusiones parlamentarias, de la prensa i de las opiniones individuales” (Sarmiento 1887–1900, 1:71).

Un poco antes, en el mismo artículo, Sarmiento había insinuado (y es todo lo que se atrevió a hacer en el clima letrado del momento) que dentro de lo poco que se leía, los jóvenes leían sobre todo novelas. Con el correr del tiempo, Sarmiento decidiría a desarrollar más esta insinuación sobre la importancia social y nacional de la novela y su posible impacto positivo en la sociabilidad chilena. Veinte años después, Alberto Blest Gana recogería el llamado sarmientino, adaptándolo a las nuevas circunstancias. La propuesta de Blest Gana fue la creación de una novela nacional que, aprovechando la estructura de la demanda lectora que empezaba a desarrollarse (aprovechando las prácticas lectoras realmente existentes), pudiera reencauzarla por las vías de la construcción de la nacionalidad. Al análisis de esta apuesta estratégica de legitimación del productor y del lector nacional se dedica el presente ensayo que quiere moverse en un campo amplio que denomino de la lectura social y de lo social en la lectura. Antes de pasar a Blest Gana y a la percepción de sus lectores, convendría sin embargo, hacer un breve recuento crítico sobre el área general de los llamados estudios de la recepción.

La preocupación teórica sobre “el lector” (el género y el número no son casuales) tiene una ya larga trayectoria crítica. En ésta sería conveniente mencionar los trabajos teóricos de Wolfgang Iser y hermenéutico-históricos de Hans Robert Jauss (Iser 1974; Jauss 1982). Recuperando la tradición fenomenológica de teóricos como Roman Ingarden, Iser se propuso investigar cómo se produce la significación de un texto literario en la interacción entre el texto y su receptor. Con la noción de “lector implícito,” buscó darle un fundamento textual a su convicción de que la semiosis textual es no sólo el resultado de la actividad del autor sino en un grado muy importante el producto de la incorporación de la figura del lector en la estructura del texto. Una variante semiótica de gran difusión en el mundo hispanohablante ha sido la obra de Umberto Eco, en especial su libro *Lector in fabula* (1981). En este contexto se suele investigar las formas (supuestas) de procesamiento lector: cómo se construye la consistencia o inconsistencia de un texto, su carácter semántico determinado o indeterminado, la enciclopedia o diccionario de referencias culturales necesarias para su decodificación, las hipótesis de interpretación y el rol modélico de los géneros literarios apelados y reconocidos.

En la obra de Hans Robert Jauss, se aprecia una mayor cercanía a la historia, aunque guiada aquí por un acercamiento hermenéutico que intenta esclarecer la validez de nociones como “percepción estética,” “hori-

zonte de expectativas” dentro de un campo más general llamado “estética de la recepción.” Finalmente, en el importante trabajo de Stanley Fish, los estudios sobre recepción se han abierto a la naturaleza política de las comunidades literarias y de las convenciones que gobiernan sus interpretaciones (Fish 1980).¹

La noción de “autor” ha sido analizada en los conocidos trabajos de Roland Barthes (1977) y Michel Foucault (1984) sobre el tema. El ensayo de este último es fundamental para entender lo que denominé “posición textual y autorial” en tanto esclarece los efectos (posibilidades y limitaciones) de sentido producidos por un cierto concepto histórico de autor.

Hoy es posible proponer que tanto las formas de lectura como las de escritura deben ser comprendidas históricamente en su variabilidad y dependencia en relación a contextos históricos específicos. Esta perspectiva supone reconocer la multiplicidad de agentes sociales que intervienen en cada situación, es decir, pasar de “la recepción” a las varias “recepciones,” del “lector” a los y las lectoras, de la inteligibilidad de los textos a sus maneras de apropiación históricas.² Los grados de regimentación variarán, en el primer caso, desde la “lectura” oída por quien escucha la recitación de un texto improvisado hasta la que hace el estudiante del ciclo terminal de la educación formal, pasando por la de quien sólo sabe leer pero no escribir. El grado de formalización iría, en este decurso, en continuo aumento hasta culminar hacia el fin del siglo XIX en lo que se puede llamar tecnologías de lectura. Estos estilos institucionales de la lectura apuntaban hacia algo que hoy resulta fácil apreciar: que el texto es un espacio que se construye socialmente y que, al menos en el caso chileno del fin de siglo, es siempre un espacio normativo en que se produce la subjetividad nacional disciplinada y disciplinaria. Este funcionamiento textual requería una domesticación de las prácticas de lectura.³ Con Blest Gana demostraré por otra parte que las prácticas escriturarias fueron también el resultado de una cierta formación discursiva, de un espacio de producción, circulación y consumo de textos que hizo posible determinadas posiciones autoriales y no otras.

Este ensayo destaca, entonces, las formas sociales de legitimación del decir y del leer y emplea una perspectiva crítica de las limitaciones en permanente proceso de institucionalización que afectan, por un lado, lo

1. Para un excelente panorama de la llamada “teoría de la recepción,” véase Holub (1984). Véase también Tompkins (1980).

2. En este sentido, mi trabajo busca acercarse al de teóricos como Tony Bennett (1990) y Michel de Certeau (1984) y al de investigadores como Roger Chartier (1987), Robert Darnton (1984), Janice Radway (1987) y Cathy Davidson (1989), entre otros. Siguiendo a Certeau, Chartier señaló, “The historian’s task is thus to reconstruct the variations that differentiate the *spaces lisibles*—that is, the texts in their discursive and material forms—and those that govern the circumstances of their effectuation—that is, the readings, understood as concrete practices and as procedures of interpretation” (Chartier 1994, 2).

3. Sobre la subjetividad nacional y el fin de siglo chileno, véase Poblete (1997).

que se escribe, publica, circula, preserva y enseña y, por otro, las formas en que se determina la legibilidad de esos textos y sus maneras apropiadas de apropiación.

Estudiar dichas prácticas de lectura supone desfamiliarizar nuestras certidumbres y confianzas respecto a la lectura como práctica.⁴ Para ello hay varios caminos posibles. Dado el escaso desarrollo de la investigación sobre el tema en la crítica sobre el Chile décimonónico, no parece prudente ahora intentar hacer una suerte de historia de la lectura en Chile.⁵ En esta coyuntura crítica, un paso importante sería esclarecer algunas de las percepciones que en un momento determinado la sociedad chilena pareció tener de la lectura, de sus funciones, usos y peligros; de las formas de control y administración que le pareció necesario ejercer sobre ella; y de algunas de las formas prácticas en que los lectores, especialmente las mujeres, determinaron dichos intentos.

Este trabajo busca explorar así una de las dimensiones de los procesos de construcción del orden nacional en el contexto del paso de ciertas formas de sensibilidad que caracterizaban lo que puede ser descrito como la sociedad patricia a otras que definieron la llamada sociedad burguesa (Romero 1976). Quiero estudiar—en el marco de ese campo mayor que integran la construcción del orden nacional y el desarrollo de las formas de apropiación cultural—el problema de la lectura efectiva y de la lectura deseable en el emergente discurso literario nacionalista o de orientación nacional. Para ello nada parece más apropiado, y por lo tanto cuestionable, que la producción discursiva de Alberto Blest Gana.⁶

EL GENERO DE LA NOVELA

La opinión de Arturo Torres Rioseco resume muy bien el consenso crítico tradicional respecto a la obra de Blest Gana: “Blest Gana es el nove-

4. Véase Roger Chartier, ed. (1993), especialmente “La lecture, une pratique culturelle: Debat entre Pierre Bourdieu et Roger Chartier” (Chartier 1993, 267–94).

5. Las únicas excepciones que conozco son algunas excelentes páginas de Bernardo Subercaseaux y de Gina Cánepa. Véase Subercaseaux (1993) y Cánepa (1988). En el ámbito latinoamericano, son esenciales los trabajos pioneros del Seminario de Historia de la Educación en México del Colegio de México (Seminario 1988).

6. Blest Gana nació en Santiago en 1831 y murió en París en 1920. Fue autor de numerosas novelas entre las que destacan *La aritmética en el amor* (1860), *Martín Rivas* (1862), *El ideal de un calavera* (1863), *Durante la reconquista* (1897), *Los trasplantados* (1904) y *El loco estero* (1909). Tras estudiar en el Instituto Nacional, pasó a la Escuela Militar. Becado por el gobierno chileno, hizo estudios de ingeniería militar en Francia entre 1847 y 1851. A su retorno, fue profesor de topografía militar y jefe de sección en el Ministerio de Guerra y Marina. En 1855 se retiró del Ejército. En 1864 fue nombrado Intendente de Colchagua; en 1870 fue elegido diputado del Congreso Nacional. Desde 1871 hasta que se retiró del servicio diplomático en 1887, fue sucesivamente Ministro Plenipotenciario en Washington, Londres y París. Jorge Huneeus Gana opinó que en la diplomacia, Blest Gana “ha sido . . . acaso el más eminente de los grandes servidores que la nación ha tenido en esa carrera” (Huneeus Gana 1910, 733).

lista chileno por antonomasia, el pintor del campo y de la ciudad, del pueblo, de la clase media y de la aristocracia.”⁷ Raúl Silva Castro habló de la justeza del título de “padre de la novela chilena” con que la tradición crítica ha consagrado al novelista (Silva Castro 1960, 58). En este contexto, cabe muy bien preguntarse ¿habrá habido una madre de la novela nacional en Chile? La respuesta a esta interrogante constituirá, en parte, el desarrollo de este trabajo.

Francine Masiello ha propuesto una hipótesis general para el siglo XIX latinoamericano que mi propia investigación ha confirmado, al menos para el caso chileno del medio siglo. Según Masiello, “when the state finds itself in transition from one form of government to another, or from a period of traditionalism to a more modernizing program, we find an alteration in the representation of gender” (1992, 8).

A partir de esta tesis, Masiello ha sostenido que en la historia cultural argentina en general y en la discusión decimonónica sobre la nación deseada en particular, la representación de los roles masculinos y femeninos (realizada tanto por hombres como por mujeres) es una de las variables que estructura con mayor fuerza los discursos sociales en áreas aparentemente tan distintas como la política, la educación, la familia, las relaciones entre las “razas” y el matrimonio. Algunos intelectuales argentinos (tanto hombres como mujeres) recibieron, usaron y produjeron una imagen de la mujer como mediadora entre ámbitos que la política masculina o masculinizada dominante parecía concebir como polaridades irreconciliables: civilización y barbarie, Europa y América, blancos e indios. De este modo, las mujeres letradas redefinieron la domesticidad, el matrimonio y la familia como espacios de mediación social, y se crearon así un lugar en el proyecto de construcción de la nación.

Doris Sommer, por su parte, ha desarrollado el que tal vez sea uno de los argumentos más consistentes hasta ahora sobre la posición de la novela nacional decimonónica latinoamericana como una forma de resolución de conflictos que atraviesan la comunidad nacional (Sommer 1991). En su lectura, ciertas novelas sirven como una transacción imaginaria que resuelve conflictos sociales (genéricos, raciales y de clase) a través de una anécdota que configura un romance. Por romance Sommer entiende un texto dotado de un nivel alegórico doble que apunta tanto a las incidencias de una acción particular que se desenvuelve sobre todo en el ámbito privado como al curso de la macroacción social-nacional en que aquella se inscribe. Para Sommer, Blest Gana fue el principal autor literario de un liberalismo chileno triunfante gracias a su alianza con algunos sectores conservadores. En su análisis de *Martín Rivas*, Sommer ha destacado al protagonista como el burgués exitoso que logra conciliar la posición hegemónica de la nueva burguesía chilena con los intereses de la aristocra-

7. Citado por Alone (1940, 316).

cia representada en la novela por Leonor, en un matrimonio conseguido con la ayuda de los sectores populares que encarna Edelmira. Moral y dinero nacional resultan así reconciliados sin aparentes contradicciones.

Martín Rivas, dijo Sommer, no es simplemente una historia de amor, pero no lo es precisamente porque en parte lo es. Es un romance, o sea un híbrido entre erótica y política, en donde las “maneras sociales” importan mucho a la hora del análisis político-ideológico. Por ello, sugirió Sommer, la lectura de la novela debe ser político-social, o política y social al mismo tiempo (Sommer 1991, 213). Lo que quiero hacer ahora es pasar de la lectura teórica de la novela a las lecturas de la novela en la práctica, o a la indirecta lectura de las prácticas de lectura tal cual éstas pueden ser apreciadas en el discurso social que en torno a ellas se elaboró. Más que enfatizar el carácter relativamente andrógino del héroe Martín Rivas, como muy bien hizo Sommer, me importará destacar el carácter genéricamente transaccional de la lectura misma de la novela de costumbres nacionales que Blest Gana se propuso escribir. Me interesa no tanto la interioridad textual como las formas de legitimación discursiva (propio o impropio, inclusión o exclusión) que le dan sentido a la distinción entre interioridad y exterioridad de la novela nacional en el contexto del mercado nacional e internacional.

Las ideas de Masiello y Sommer me interesan especialmente en cuanto aluden indirectamente a la generificación (la asignación de un género sexual) de los elementos del debate sobre la novela nacional. Como demostraré, también a propósito de Blest Gana, la novela nacional misma se propone como una intermediación entre dos polos, lo masculino y lo femenino, que organizan y constituyen la cultura nacional.⁸ En este contexto, la lectura de novelas, es decir la lectura por placer, es femenina. La lectura de los textos clásicos es masculina porque supone un trabajo y una dificultad que hacen que el retorno recibido de la inversión de tiempo y dinero en la actividad sea productivo, es decir, legítimo.⁹

Esta asignación de géneros a las potencias o capacidades del ser humano se correspondía fuertemente con el discurso religioso que a la sazón la Iglesia Católica enarbolaba en la defensa de sus prerrogativas al interior

8. Jaime Concha se refirió irónicamente a lo que aquí llamo el carácter transaccional, conciliador de polaridades culturales, políticas y literarias del discurso de Blest Gana: “¿Punto de vista superior, objetividad de novelista? Más bien, creemos, arte del equilibrio, de la medida y de las medidas prudentes. ¡Táctica de diplomático más que táctica de narrador!” (Concha 1977, xiv).

9. Este tipo de conceptualización ha demostrado tener una gran resistencia al paso del tiempo. Se lo puede hallar, por ejemplo, dominando nuestras formas de comprensión de “la literatura moderna,” en donde la idea de dificultad de la lectura es parte integral de la experiencia estética. Es, por otro lado, el mismo criterio que se utiliza todavía para distinguir entre obras de alta literatura y aquellas que pertenecen al ámbito de la cultura masiva y la popular. Sobre esta generificación de los términos, recuérdese la distinción de Julio Cortázar entre “lectores cómplices” y “lectores hembras” (Cortázar 1991, caps. 79 y 99).

de un estado constitucionalmente católico. *La Revista Católica*, por ejemplo, declaraba, "Si imprudentemente i antes de despertar las potencias intelectuales de los jóvenes, se les introduce en el risueño templo de las musas, se hace cobrar alas a su imaginación i sensibilidad, recreando de continuo su oído con suaves melodías i representando a su vista sin discreción los seductores cuadros de la pintura i la poesía, se formará una juventud muelle, afeminada, incapaz de los arduos trabajos de la inteligencia."¹⁰

Hay que entender, entonces, que esta división de capacidades corresponde a formas de percepción cultural que por un lado marcaban genéricamente la lectura según fuera el tipo de material y de sujeto lector, y por otro y de manera más general, ligaban los movimientos impredecibles y la inestabilidad del mercado a las formas de la subjetividad femenina. Para una sensibilidad tradicional, en efecto, el mercado era un espacio a la vez atractivo y peligroso que de alguna manera subvertía las categorías jerarquizadoras fundamentales del "modo de ser aristocrático" en Chile.¹¹ Quien un día era un simple minero o pequeño inversionista podía en el siguiente transformarse repentinamente en un acaudalado nuevo rico. Quien en un determinado momento parecía un excelente partido para casar a la hija y consolidar la posición social de la familia podía, por efecto de los mismos mecanismos de mercado, devenir con la misma rapidez un don nadie. Ambos procesos se encuentran, no por casualidad, retratados en *Martín Rivas*. Este vértigo que ponía de manifiesto la relatividad y variabilidad de la subjetividad del ciudadano nacional propiamente dicho no podía sino tener un impacto sobre el tiempo lento del mundo todavía parcialmente aristocrático o aristocráticamente organizado de la sociabilidad chilena de principios de la segunda mitad del siglo XIX.

Una de las hipótesis que, dado el estado de la investigación en el campo, no puedo ahora más que adelantar, es que la lectura de periódicos y las lecturas hechas en periódicos (folletines, poemas, alabanzas, homenajes, necrologías, artículos) ocuparían un lugar intermedio que terminaría por mediar la distancia entre aquellas formas de lectura socialmente construidas como "masculinas" y "femeninas." Por una serie de factores, el periódico, y en nuestro caso el folletín que aquel incluía, sería una de las formas textuales que harían posible la transición entre lo que se concebía socialmente como una lectura de estudio, masculina y sometida a la racionalidad de la inversión económica, y la lectura de placer, femenina y gobernada por la economía libidinal. Entre estos factores, cabe mencionar su facilidad de acceso y de compra, la facilidad correlativa de su lectura y la relativa brevedad del tiempo necesario para dar cuenta de la entrega del día. Quiero sostener, además, que el nacional es el espacio social en que una lectura "neutral" parece y aparece como legítima.

10. *La Revista Católica*, número 1081, 20 de noviembre de 1869, p. 354 (citado en Krebs et al. 1981, 40).

11. La expresión corresponde a Luis Barros Lezaeta y Ximena Vergara Johnson (1978).

EL DISCURSO DE BLEST GANA

Alberto Blest Gana desarrolló ampliamente su visión de la literatura y de la novela nacional en 1861, en su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile titulado "La literatura chilena: Algunas consideraciones sobre ella."¹² Al estado, parece pensar Blest Gana, o por lo menos al novelista nacional con él identificado, le correspondía transformar esto que parecía ser simplemente una pérdida de tiempo, una actividad que se niega a sí misma en su propia intransitividad, en su falta de productividad o en la producción pura y simple (y por lo tanto injustificable) de placer. La racionalización de la lectura, que como práctica sancionada metropolitanamente ya había empezado a tener un impacto sobre la surgente clase media chilena, sería en efecto una de las tareas a que más afanosamente dedicaría sus esfuerzos pioneros Alberto Blest Gana.

La lectura debía ser racionalizada por varias razones. Ante todo se trataba de corregir una conducta que se consideraba a veces indeseable y reprehensible, otras simplemente inocua e improductiva. En cualquier caso, la reacción de fondo era transformar un patrón conductual o más latamente un hábito adquirido por el público que se iba poco a poco constituyendo en tal. En tanto público en el mercado, una parte de la población estaba haciendo valer sus derechos de consumo en la práctica, precisamente, de un tipo de consumo específico: las novelas y folletines europeos que la desarrollada industria editorial del viejo continente ponía, cada vez a precios más accesibles, a su alcance.¹³ El problema era entonces desde la perspectiva de la gubernamentalidad, corregir dos errores de género que de alguna forma aparecían como interrelacionados. No sólo había que cambiar el género de lo que se leía—los folletines, las novelas en general o, al menos en el caso de Blest Gana, el tipo de novelas—sino también hacer que las mujeres leyeran algo que fuese correcto para su género y que no conspirara con las sagradas funciones que la patria les encomendaba en la forma de hijos y esposos.

En 1877 Rodolfo Vergara Antúnez vaticinaba que la educación femenina en liceos del estado, aprobada ese año por decreto oficial, "perju-

12. El discurso fue pronunciado el 3 de enero de 1861 y publicado en los *Anales de la Universidad de Chile*. José Promis, de cuyo texto cito de aquí en más, lo reprodujo íntegro en Promis (1977, 108–28).

13. Zorobabel Rodríguez en 1876 destacó el punto macroeconómico más general cuando resumió las quejas voceadas en una reunión de artesanos e industriales (pequeños artesanos y obreros): "Los consumos han disminuido y los consumidores manifiestan cada día una tendencia más marcada a comprar a quien les venda más barato lo que necesitan, sin tomar en cuenta la nacionalidad del fabricante ni del vendedor. El remedio de este grave mal [dicen los obreros] debe buscarse en el alza del impuesto aduanero." Véase "La Cuestión obrera I," reproducido en Grez Toso (1995, 256). Ante la ineficacia o incluso ausencia de la lógica nacional en los incipientes mercado y público chilenos, los artesanos hablaban de proteccionismo. La solución liberal transaccional de Blest Gana ante el mismo fenómeno, ahora en el campo del consumo cultural, fue reconceptualizar el producto "novela."

dicará grandemente el cumplimiento de los deberes domésticos que pesan sobre ella como una carga anexa a su misión natural. Lo primero [la educación de carácter estatal] lo hemos combatido por pernicioso para las creencias religiosas de la mujer; lo segundo [la educación profesional], como pernicioso para los intereses del hogar."¹⁴

Algunos de los argumentos liberales intentaban apropiarse—ya por convicción, ya por conveniencia—de la defensa conservadora del hogar “bien constituido” para proponer que precisamente porque la mujer tenía a su cargo las labores de reproducción social, desde el parto a la educación de sus hijos pasando por el cuidado de su esposo, es que era imperativo educarla en profundidad.¹⁵ En 1864 el autor de un artículo titulado “Observaciones sobre la educación del bello sexo” razonaba: “‘Educad a la jeneración presente para que no tengais que educar a las jeneraciones futuras’ repiten nuestros sabios; educad a las mujeres, agregamos nosotros, i vuestros hijos serán virtuosos, moderados e instruidos; educad a las mujeres i vuestra felicidad será completa porque tan solamente de las madres, de las esposas i de las buenas hijas depende el bienestar de las naciones.”¹⁶

Importante para comprender la visión conservadora respecto a la lectura de novelas en general—aunque ya menos cruda que las simples condenas religiosas en tanto se basa ahora en una recuperación funcional de la “literacy” clásica¹⁷—es la opinión en 1873 del influyente crítico Enrique Nercasseau Morán:

Según es común decir, el entusiasmo por los estudios literarios crece en Chile, de algún tiempo a esta parte con asombrosa rapidez. . . . Ese entusiasmo, a nuestro juicio, es perjudicial a la verdadera literatura. . . . Hemos dicho que el entusiasmo que en Chile se hace sentir es perjudicial, pero no el verdadero entusiasmo por la verdadera literatura. No damos este nombre a la afición más o menos nociva a la lectura de novelas o de obras dramáticas; tampoco a esa manía, fácil de arraigarse en los jóvenes, de escribir para publicar: lo uno para nosotros no pasa de ser un medio de diversión como cualquiera, i que, muchas veces, por desgracia, causa efectos mui funestos; lo segundo no es sino una vanidad, i una detestable vanidad cuando es llevada al exceso.¹⁸

Nercasseau explicaba aquí muy bien las dos ansiedades fundamentales de la sensibilidad patricia frente al desarrollo cultural chileno. La

14. En *El Estandarte*, 15 de febrero de 1877, citado por Labarca (1939, 163).

15. El ministro que dictó el decreto que autorizó la creación de liceos femeninos, Miguel Luis Amunátegui, consignaba en su Memoria Ministerial de 1877 entre los motivos para impulsar el decreto: “La desigualdad intelectual entre el hombre y la mujer [que] significa la desmoralización más completa del hogar doméstico.” Citado en Hernández Ponce (1977, 30).

16. En *El Correo Literario*, 27 de noviembre de 1864, p. 239. El autor firmó “J.A.S.”

17. He decidido conservar, a lo largo de este trabajo, la palabra inglesa *literacy* para aludir simultáneamente no sólo a la alfabetización que normalmente la traduce en español sino también a los aspectos de competencia cultural socialmente establecida y variable que integran asimismo el campo semántico de la palabra inglesa.

18. En *La Estrella de Chile*, firmado el 29 de enero de 1873, p. 297.

primera era la ampliación incontrolada de los discursos socialmente circulantes así como del género de sujetos que ellos alcanzaban. La segunda era la constitución de un mercado económico cada vez más extenso como espacio para dicha circulación.

La educación sin el mismo grado de la antigua discriminación de género y la expansión de la lectura de novelas significaban pues, para la óptica tradicional, desarrollos indeseados y consecuencias inevitables de la progresiva ampliación de la cobertura estatal en materias de instrucción. La educación y la lectura estaban literalmente irrumpiendo en los hogares chilenos, antes esfera exclusiva de la sociedad civil católica chilena. En 1873, Vicente Aguirre V. reclamaba en su artículo "Literatura perniciosa" "Muchas veces se ha dicho que un padre, una madre de familia no consentirían jamás que un bandido, un criminal terrible fuera el preceptor de sus hijos. Eso cualquiera lo comprenderá. Pero lo que muchos padres y madres de familia consienten es que varios bandidos y criminales con nombres y figuras de novela sean los que den frecuentes lecciones a su familia. Esto no todos lo comprenden" (Aguirre V. 1873, 438).

En tanto diplomático, intelectual y productor (potencial) en el mercado, Blest Gana ocupaba una posición intermedia entre la élite de la esfera del gobierno y la esfera privada de la élite profesional. Desde esa posición entonces, la solución al problema de la novela nacional sería, para él, corregir las desviaciones de la lectura aprovechando lo que fuere aprovechable de sus orientaciones y formas de funcionamiento reales. Es decir para Blest Gana, no se trataba simplemente de disciplinar a una población o a un sector de ella que lentamente aparecía bajo la forma específica de consumidor nacional y ya no meramente de objeto de las políticas gubernamentales. Se trataba, en cambio, de aprovechar el estado y las inclinaciones de esa masa de connacionales para conseguir un efecto que beneficiara tanto al productor como al consumidor y así a la nación.

Aunque situada en un plano diferente, la deseada intervención de Blest Gana no estaba libre de múltiples puntos de contacto con la gubernamentalidad estatal. Las esferas de legitimación del incipiente campo cultural se concentraban todavía en buena parte alrededor de las instituciones del estado, en particular de la Universidad de Chile. No se trataba, pues, de una posición ajena a los intereses de las otras apuestas estratégicas, las del estado y la Iglesia, que configuraban el campo de fuerzas en que la discusión sobre el discurso literario se llevaba a cabo.

En 1884, describiendo el proceso de los años previos, el Vicario Capitular Joaquín Larraín Gandarillas señaló ante la Primera Asamblea General Católica:

... la mala semilla ha germinado, por desgracia en el suelo de la patria. Maleada se encuentra la educación de la juventud. . . . Relájense de día en día los lazos de familia, con menoscabo de la sagrada autoridad paternal. La literatura malsana entra libremente en numerosos hogares, causando deplorables estragos en los

corazones puros. El periodismo irreligioso hace tranquilamente su propaganda destructora, aún con el apoyo de no pocos católicos. El lujo, la sed de placeres i de riquezas acarrear lamentables desórdenes en las clases acomodadas. La pasión política tiraniza las almas. . . . Decaen visiblemente la entereza de los caracteres i el nivel moral e intelectual de este noble país.¹⁹

La pelea era claramente sobre los corazones de los lectores nacionales. Así lo confirmaba, también en el ámbito religioso, José Hipólito Salas en 1843: “las leyes no contienen sino el brazo; la religión arregla el corazón; las leyes no se refieren sino al ciudadano, la religión se apodera del hombre.”²⁰

Para Blest Gana, la literatura sería una suerte de religión laica más apropiada para los tiempos modernos y conciliatorios del liberalismo burgués y a la vez aristocrático que en 1861 comenzaría a gobernar oficialmente en Chile.²¹ Si había que conquistar el corazón del ciudadano, era preciso entender primero que los había de dos géneros y que la práctica y los hábitos concretos de lectura de estos sectores de mujeres y hombres chilenos requerían a su vez un cambio de género, ahora literario. Para ganar la batalla sobre los corazones nacionales, había que crear un nuevo género transaccional: la novela de costumbres nacionales. Sólo así sería posible apoderarse ya no sólo del hombre sino también de la mujer. Blest Gana fue muy explícito respecto a las bondades de este tipo de novelas:

Más al lado de ésta [la gente de esmerada educación] vive y se agita, así en el nuestro como en todo país civilizado, una parte de población infinitamente mayor que esa otra, que necesita de la lectura para descansar del trabajo, que muchas veces recibe en sus gustos y pasiones muy directa influencia de esa lectura y que ha menester para nutrir su espíritu de un alimento más sencillo del que aquellos preciosos modelos del arte le presentan. . . . Para llenar las condiciones que enunciamos, sin disputa la novela de costumbres es la más apropiada. (En Promis 1977, 122)²²

19. Citado en Krebs et al. (1981, 17).

20. Citado en Serrano (1994, 90).

21. En tono condenatorio, el historiador conservador Alberto Edwards se refiere al liberalismo chileno en los siguientes términos: “El liberalismo o, para hablar con más propiedad, el espíritu del siglo, no es en el fondo y principalmente una doctrina política, sino una revolución espiritual, una creencia, una filosofía que si tiene sus teólogos y sus doctores, también penetra en forma instintiva hasta lo más profundo de las masas. . . . Es, pues, una religión, negativa si se quiere, cuyo dogma fundamental es la esperanza en el progreso. . . . Este carácter real del liberalismo explica, a la vez, su enorme popularidad y su escasa eficiencia como elemento constructivo y como disciplina de gobierno” (en Edwards 1989, 146). Blest Gana veía esta capacidad de penetración popular del liberalismo con otros ojos. En su discurso de incorporación señaló: “Debemos ante todo, establecer con satisfacción el hecho de que Chile puede tener una literatura propia, que corresponda a los progresos en cuya vía se encuentra lanzado y que contribuirá poderosamente a impulsarlo en esa senda de lisonjeros adelantos” (en Promis 1977, 114). El carácter transaccional y conciliatorio del liberalismo chileno—que analizaré aquí en el caso de Alberto Blest Gana—se halla muy bien descrito para el período de los comienzos de la República en Jocelyn-Holt (1992).

22. Luego, Blest Gana añadió, “Estudiando pues nuestras costumbres tales como son, comparándolas en las diversas esferas sociales . . . , la novela no puede dejar de ser esencialmente

En este contexto parece también muy apropiado que la entrada “oficial” de Blest Gana en el firmamento de la literatura nacional chilena se produjera en un concurso auspiciado por la Universidad de Chile en 1860, con una obra muy oportunamente titulada *La aritmética en el amor*.²³ Con este esfuerzo calculado por intervenir en el curso literario nacional, Blest Gana se impuso a un autor anónimo y a una mujer, Rosario Orrego de Uribe, quien firmó su texto “una madre.”²⁴ La movida resultó perfecta y rindió a su autor no sólo los frutos del premio del concurso (doscientos pesos) sino algunos beneficios adicionales. El 2 de noviembre de 1860, se falló la competencia que consagró ganador a Blest Gana. El 6 de diciembre del mismo año, la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile acordó nombrarlo para ocupar el cargo de miembro de número. Pocos días después, Blest Gana leyó su discurso de ingreso, que es su texto teórico principal sobre la novela nacional. En sólo unos pocos meses, Blest Gana ganó. De funcionario público y simple autor de folletines, pasó a académico de la Facultad de Andrés Bello y a autor nacional por excelencia, puesto en el que la posteridad de los currículums de educación literaria nacionales lo ha conservado hasta hoy.

Parte de la clave de su éxito literario y social radica en que había sabido escuchar y transformar las necesidades y requerimientos de varios de los actores involucrados en la emergencia de la literatura nacional: la Iglesia, el estado y por lo menos algunos de los lectores. Esta es la transacción que inaugura el discurso de Blest Gana.²⁵

La iglesia, como ya se apuntó, lamentaba la introducción de novelas y de literatura en los hogares chilenos por lo que muy correctamente

nacional según el mayor o menor esfuerzo de los que a ella consagren sus esfuerzos” (en Promis 1977, 124).

23. Bernardo Subercaseaux señaló: “Entre 1850 y 1860, a juzgar por los discursos de incorporación a la Universidad de Chile, la literatura pasa a tener la misma importancia que había tenido la historia en la década anterior. Al esfuerzo de aquel decenio [1840–1850] por promover una historia de Chile corresponde el de éste [1850–1860] por orientar y darle solidez a una tradición literaria” (Subercaseaux 1981, 175). Los antecedentes de este nuevo rol de la literatura (nacional) en la segunda mitad del siglo XIX chileno se hallan en el llamado Movimiento Literario de 1842, y en particular en el “Discurso inaugural de la Sociedad Literaria” de José Victorino Lastarria, reproducido en Promis (1977, 73–97). Sobre el tema, véase Subercaseaux (1981, 55–122).

24. Aunque poco conocida hoy, Rosario Orrego de Uribe (1834–1879) desarrolló una extensa labor cultural y literaria que merece ser recuperada. Fue novelista y poeta, fundadora de la *Revista de Valparaíso* y, junto a lo más selecto de la intelectualidad (masculina) chilena, de la Academia de Bellas Letras en 1873. Véase Lina Vera Lamperein (1994, 48–51). Este gesto de recuperación ha sido continuado por Eugenia Brito (1995).

25. Para un trabajo pionero de sistematización del inmenso corpus teórico-literario liberal hispanoamericano, véase González Stephan (1987). Sobre algunos de los problemas de las nacientes literaturas nacionales, véase especialmente p. 158 y ss. Convendría rectificar de paso que en la “Bibliografía Consultada” del libro de González se le atribuyen erróneamente a Alberto Blest Gana dos artículos de su hermano Joaquín Blest Gana.

percibía como una intervención que podría apoderarse de los corazones nacionales que hasta ese entonces habían sido si no su dominio exclusivo, al menos su dominio compartido con un estado católico.

En 1853 la Revista Católica señalaba:

... los romances han corrompido a la Francia, ha dicho en alta voz y en ocasión solemne, un célebre orador y escritor francés. ¡Quiera Dios que andando el tiempo no pueda decirse otro tanto de nuestra amada patria! ... Es a la verdad sensible que *El Museo*, periódico destinado al cultivo de la amena literatura y a propagar el buen gusto literario, ensucie sus páginas con semejantes producciones. ¿Qué efectos podrán producir en la inocente juventud y en las castas doncellas que leen ese periódico? Ah! ojalá que pasaran desapercibidos los inmundos conceptos con que plumas venenosas pretenden recrear sus imaginación, por no decir extraviar su inteligencia y corromper su corazón.²⁶

Debe destacarse que se trata específicamente de una reseña escrita para lamentar la publicación de la primera novela de Blest Gana, *Una escena social*, publicada como folletín en la revista *El Museo*:

... hoy nos cabe el sentimiento de denunciar a las gentes sensatas dos composiciones en prosa que han visto la luz pública en las columnas del *Museo* y que son en nuestro concepto una verdadera lección de inmoralidad. *Una escena social* se titula la una, *novela original* escrita por don Alberto Blest Gana, infestada de fatalismo, preñada de incidentes amorosos, de lances provocativos, de impúdicas pinturas muy a propósito para exaltar la fantasía y despertar en el corazón de la inexperta juventud la pasión más peligrosa y seductora que en él puede albergarse.²⁷

Esta cita muestra con claridad el lenguaje predilecto en la Hispanoamérica décimonónica. Junto al temor a la infección que sería (sobre todo en la década de 1870) uno de los aspectos más destacados de los intentos por controlar la expansión de Santiago a raíz de la migración popular del campo a la metrópoli, sobresale el vocabulario genérico-sexual que ilustra una imaginaria igualmente poderosa. Se trataba entonces de regimentar otras formas de contacto que desde la moda a los paseos, pasando por la lectura de novelas, no parecían augurar más que todo tipo de embarazos socialmente indeseados.

El estado, por su parte, había sido el impulsor del concurso en que Blest Gana triunfó con *La aritmética en el amor*. En 1859 los *Anales* de la Universidad de Chile publicaron el llamado a concurso en que se pedía "una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto fuese precisamente chileno."²⁸

Los lectores, por último, habían comenzado a crecer en número. El aumento más significativo en la tasa de alfabetización chilena se produjo

26. Artículo de *La Revista Católica*, número 330, 21 de octubre de 1853. Reproducido como apéndice en Silva Castro (1941, 237).

27. En Silva Castro (1941, 237). Las itálicas son del original.

28. Citado en Silva Castro (1941, 376).

hacia el fin de siglo, pero es indudable que la tendencia a su aumento era sostenida y fruto de varias décadas de crecimiento. Las estadísticas muestran un avance importante en dicha tasa.²⁹ En 1854 sólo el 13.5 por ciento de la población nacional era o podía considerarse letrada.³⁰ En 1865 ese porcentaje ha subido al 17.0, en 1875 al 22.9, y en 1885 al 28.9. Más importante para mi argumento aquí es la correlación entre este grado de crecimiento general y su desglose por sexos. En 1854 el 17.3 por ciento de los hombres eran letrados, por oposición al 9.7 por ciento de las mujeres. En 1865 la distancia entre hombres y mujeres se había acortado al 20.2 y 13.8. Desde 1875 a 1895, la brecha continuaba angostándose hasta que en ese último año llegó a una diferencia mucho menos notoria: 34.3 por ciento de hombres letrados versus 29.2 de mujeres letradas.³¹ De este modo, se marca una tendencia evidente ya para los contemporáneos de Blest Gana respecto al aumento de la "literacy" femenina y a su incorporación efectiva al ámbito antes casi exclusivamente masculino de la lectura.

Los folletines publicados en periódicos (y a veces luego en libros) fueron un signo y a la vez un motor importante de este desarrollo. Raúl Silva Castro, en su autorizado *Panorama de la novela chilena*, se vió obligado a reconocer que aunque consideraba a los folletines nacionales simples "imitaciones" y productos de "esta infección de mal gusto" que sobre todo los folletinistas franceses nos habían contagiado, "Nadie puede dudar de que estas obras tuvieron abundantes lectores en Chile" (Silva Castro 1955, 43). Gina Cánepa dió en su estudio sobre el folletín histórico en Chile algunos datos de circulación y edición que hablan de la importancia del género en autores como Liborio E. Brieba (1841–1897) y Ramón Pacheco (1845–1888) (Cánepa 1988, 29–31). Ya en 1849, Sarmiento había hablado, aunque con evidente exageración, de "millones" de ejemplares de folletines publicados y vendidos en Chile.

LECTURA INTENSIVA Y EXTENSIVA

Rolf Engelsing ha propuesto considerar como una hipótesis de periodización de la lectura europea el paso de una forma de lectura intensiva a otra extensiva (Engelsing 1974).³² Por *intensiva* entiende Engelsing la lectura reiterada de muy pocos textos religiosos que se leían con gran cuidado,

29. Una indicación indirecta de este crecimiento fue el aumento considerable de las cantidades de papel importado. Todo el papel que se usaba para imprimir en Chile hasta la década de 1870 era importado. De 23,306 resmas de papel para la década de 1840–1850 se pasó a 77,225 resmas para el período 1860–1870. Véase Subercaseaux (1993, 68).

30. Un problema adicional sobre el cual las fuentes a las que he tenido acceso no proporcionan información es cómo se definía el carácter "letrado" o "iletrado" de la población.

31. Los datos aparecen en Mamalakis (1980, 1:142).

32. Mi información sobre la tesis de Engelsing proviene de su detallada discusión en dos ensayos de Robert Darnton, "What Is the History of Books?" y "First Steps toward a History of Reading" (Darnton 1990); y en Chartier (1994, 17 y ss).

detención y respeto. El modelo es la lectura protestante de la Biblia, pero también podría serlo en el Chile de la primera mitad del XIX el uso de los catecismos y libros de oración que habían sido de hecho los primeros *best-sellers* nacionales. Este tipo de lectura habría predominado en Europa desde la Edad Media hasta fines del siglo XVIII. En ese momento, de acuerdo a Engelsing, se habría producido un cambio en el número de libros y escritos disponibles y como consecuencia de ello una transformación de los hábitos y formas de lectura.

La lectura extensiva es más rápida, y se hace sobre muchos y diferentes textos circulantes en el mercado editorial en desarrollo. En *Las novelas*, Sarmiento había ya entendido este lugar de la Biblia en la cultura protestante, y se preguntaba cuál era el libro que podría haber ocupado un lugar similar en la cultura católica. Su respuesta compara la práctica intensiva y constante que caracteriza la lectura de la Biblia en los países protestantes con la lectura extensiva de las novelas: "Para ser católico es necesario ante todo tener fe. El catolicismo lo dice. Para ser protestante es preciso saber leer para leer la Biblia. . . . ¿Cuál es el libro del católico? . . . ¡Nombradlo! . . . un libro enciclopedia, . . . un libro que sea cuento que interese, fantasía que exalte el espíritu, enigma que aguze la inteligencia, poesía que remonte la imaginación. . . . Mostradme ese libro.—No existe. La Biblia existe así" (Sarmiento 1887–1900, tomos 45–46:159–60).

Lo que Sarmiento en 1856 se atrevía a explicitar en Argentina, sin los cuidados con que había tenido que formular sus ideas en Chile en 1841, era la función educacional y de progreso que cumplían tanto la lectura intensiva de la Biblia como la lectura extensiva de novelas y folletines. Sarmiento observaba, "Las novelas han educado a la mayoría de las naciones, y en los países católicos ha[n] hecho la misma revolución que en los protestantes la Biblia" (1887–1900, tomos 45–46:159–60).

Alfredo Ovalle V. en su interesante artículo sobre "los libros y los lectores" propuso en 1876 un regreso a las formas intensivas de la lectura de uno o dos libros esenciales y el abandono de la superficial lectura extensiva: "La creencia tan común de que para considerarse hombre instruido una persona le basta con haber leído, de cualquier modo que sea, muchos libros es tan equivocada como la de cierta escuela política. . . . Por eso es tan cierto el proverbio *Timeo homo unius libri*. En efecto: ¿quién sería más sabio que aquel que verdaderamente poseyera la Sagrada Biblia ni quien mejor lengüista que aquel que más hubiera conversado con Cervantes?"³³

Armado de su poderoso liberalismo transaccional, Blest Gana pareciera estar proponiéndole a su público nacional que en vez de aceptar el consumismo barato y fácil que la industria masiva editorial y literaria francesa le ofrecía, se decida a leer un nuevo tipo de texto nacional. Dotado de una densidad no prohibitiva ni discriminadora por estar basada en for-

33. En el periódico *La Estrella de Chile*, firmado el 18 de noviembre de 1876, p. 264.

mas comunes de vida y en realidades por todos apreciadas, este texto nacional le permitiría y le demandaría una lectura más cuidadosa pero a la vez más provechosa y finalmente más entretenida. Le estaba proponiendo en suma, un retorno transformado a la lectura semi-intensiva, ahora nacionalizada:³⁴ “A menos de ser un libro cuya comprensión demande conocimientos previos y especiales, las producciones de amena literatura encuentran en nuestros círculos ilustrados una acogida benévola y cordial” (Blest Gana 1859, 51).

La novela nacional se cuidaría muy bien de no exigir nada más que lo que todo chileno de la sociedad respetable ya poseía por el mero hecho de pertenecer a ella. La poesía, en cambio, requería de una preparación especial que la ponía fuera del alcance de muchos de esos mismos ciudadanos y ciudadanas:

La novela, con efecto, cuenta entre la generalidad de los lectores, con un número mucho mayor de aficionados que la poesía, porque la primera está al alcance de todos, mientras que para gustar de la segunda, se ha menester de un espíritu más connaturalizado con los preceptos del arte. . . . Mientras que la poesía conserva siempre para el vulgo la apariencia de los antiguos ídolos cuyo lenguaje era comprensible únicamente a los sacerdotes del culto pagano, la novela, por el contrario, tiene un especial encanto para toda clase de inteligencias, habla el lenguaje de todos, pinta cuadros que cada cual puede a su manera comprender y aplicar y lleva la civilización hasta las clases menos cultas de la sociedad, por el atractivo de escenas de la vida ordinaria contadas con un lenguaje fácil y sencillo. (Blest Gana 1861, 119)

Blest Gana respondía aquí a un cambio parcial y todavía en proceso de la “literacy” chilena que había de culminar en el primer intento de nacionalización del currículum literario hacia el fin de siglo. La novela nacional quería ser la forma textual que recogiera las demandas de las nuevas formas de sensibilidad y de legitimación cultural que el aburguesamiento de la alta y media sociedad chilena en la segunda mitad del siglo XIX estaba imponiendo. Describiendo a este nuevo público, Blest Gana apuntó:

El estudioso y el que no lo es, el viejo y el joven, la madre de familia y la niña que se halla por su edad bajo el dulce y absoluto imperio de las ilusiones, todas las clases sociales, todos los gustos, cada uno de los peculiares estados en que las vicisitudes de la vida colocan al hombre, encontrarán en la novela un grato solaz, un descanso a las diarias tareas, un alimento a la expansión del pecho, algo, en fin, que contente el espíritu, halague el corazón o alivie el ánimo de sus afanosas preocupaciones. (Blest Gana 1861, 119)

En la composición de este público, merece destacarse la inclusión de “la madre de familia y la niña” y la de “todas las clases sociales,” puesto

34. Tanto Darnton (1990) como Chartier (1994) han criticado parcialmente la tesis de periodización de Engelsing, señalando que la lectura intensiva no sólo no desapareció sino que aumentó en su frecuencia. Por otro lado, ambos autores reconocen que la fuerza de la hipótesis de Engelsing radica en que apunta efectivamente a una mayor variedad de textos al alcance del lector y por ende a una mayor variedad de formas de lectura.

que la del “estudioso” y la del “viejo y el joven” habían formado siempre parte del radio de alcance de la “literacy” tradicional. La incorporación de las mujeres y de todos los sectores sociales—aún, cuando haya que descontar el factor retórico, o, tal vez, precisamente porque dicho factor se halla presente en el discurso—nos habla de un afán omnicompreensivo y homogenizador que caracteriza muy acabadamente el espacio discursivo de lo nacional en su forma burguesa.

Aquella forma de trabajo lector que permitía su combinación con el placer lector es lo que arriba llamé la lectura semi-intensiva. Este híbrido de novela histórica y de novela de costumbres que quería rescatar y contar la historia de la nación fue por su propia aspiración y configuración histórica una jugada transaccional. En dicha transacción, se legitiman varias cosas. De una parte, se legitiman la historia y la vida nacional cotidianas como elementos dignos de entrar al campo de la letra y de ocupar el tiempo y las mentes de ciudadanos respetables. Un paso, entonces, hacia la ficción desde lo que antes sólo se escribía y leía en el periódico y, en particular en su sección de crónica. De otra, se legitima la lectura de un género cuyas características socialmente construidas parecían haberlo reservado hasta ahí para cierto género sexual y social de personas. En tercer lugar, se legitima la lectura misma como actividad, y con ella el placer y la exploración de la sentimentalidad. Por esta vía, resultaba también parcialmente redimido el ocio público que tantos esfuerzos de control había parecido mandar.

La lectura semi-intensiva de la novela nacional significó o quiso representar un cambio epocal importante. De la lectura si no intensiva al menos repetida y ceremonial de los devocionarios y variados libros de catecismo, los lectores chilenos habían pasado paulatinamente a la lectura extensiva de todo tipo de escritos para cuya inteligencia ya no era necesaria la intermediación del sacerdote-intérprete. Reconociendo el desafío que estas prácticas lectoras representaban para su posición como dadores del sentido de la realidad social, los intérpretes profesionales—los sacerdotes y la Iglesia Católica como institución—se dedicaron a lamentarlas, condenarlas y perseguirlas. El reto era particularmente atrevido y peligroso por cuanto implicaba a sectores que hasta ese entonces habían permanecido al amparo y vigilancia de la cosmovisión católica. Me refiero a las mujeres y a los sectores populares ascendentes. La novela parecía brindar la oportunidad de comprender el mundo desde el espacio recientemente descubierto de una subjetividad laicizada y personal fundada en la experiencia del cuerpo propio y en el contacto con otras subjetividades igualmente constituidas.³⁵ El estado, por otro lado, impulsado por su

35. Sarmiento percibió muy bien este rol de las novelas en la formación de una subjetividad moderna: “El alma y los sentimientos necesitan pulimentos, y no es apto el hombre para pensar y sentir sin un largo ejercicio de las facultades. El estudio en los colegios hace lo primero, no importa la materia estudiada; el teatro, la poesía y la novela hacen lo segundo.”

propia agenda de intereses, vio aquí una oportunidad de moralización laica y nacional que valía la pena promover con concursos y premios.

En este empeño, la novela nacional no hacía pues más que intentar redirigir o reencauzar el curso de los desarrollos sociales propios de la naciente modernidad urbana chilena. El tiempo libre, los paseos en carruaje, el alumbrado público, la ópera, los bailes de la alta sociedad, todos imponían tendencialmente un régimen de la visibilidad, un dominio de lo visual, del ver y ser vistos que ya parecían indesmentibles aún para los sectores que más lamentaban su advenimiento.³⁶ Dicha visibilidad significaba el análisis y el comentario de la sociabilidad imperante como una forma de espectáculo para narrar y saborear, un tejido social para gozar y sufrir. El paradigma, escandaloso para la mentalidad conservadora, consistía en las formas de exhibición del cuerpo que parecían presidir los devaneos de las jóvenes enamoradas o en busca del amor.³⁷

Por lo demás, no sólo en Chile se asociaría esta modernidad urbana con la figura de la mujer. La feminización de la percepción de la cultura de masas fue un fenómeno ya bien reconocido por la crítica americana y la europea.³⁸

LA PRODUCCION DEL AUTOR NACIONAL

Expuesto a la doble temporalidad (europeo-americana) que caracteriza la modernidad de nuestros públicos latinoamericanos, Blest Gana quería convencer a los chilenos de las ventajas comparativas de sus productos nacionales. Para ello intentaba aprovechar ciertas características de lo que los economistas llaman hoy estructura de la demanda: interés por el placer de la lectura, por lo nacional y por la ficción entretenida y sentimental. Pero en el mismo movimiento, Blest Gana hizo de la novela nacional algo que por su productividad para la economía cultural del país re-

Y concluyó: "El principal argumento contra las novelas es que exaltan las pasiones. La verdad es que educan la facultad de sentir por lo general embotada." Véase "Las novelas" en Sarmiento (1887-1900, tomos 45-46, 161-62).

36. Sobre este proceso de transformación de la cultura urbana en Chile, véase Villalobos et al. (1993, 497-512); y Ramón (1992, 182 y ss).

37. En este contexto, no deja de ser significativo que Blest Gana estableciera en 1859 una analogía entre sus propias ansias de visibilidad social y las modas femeninas: "Tengo en la cabeza mil proyectos literarios, pensando ya hacer alguna obra, para mirarme empastado en un volumen, placer que en nuestra especie debe asemejarse al de las mujeres cuando levantan moño, y por ahora contribuiré a *La Semana* con algunos artículos." Carta a José Antonio Donoso, reproducido en Fernández Larraín (1991, 49).

38. Véase, por ejemplo, Masiello (1992, 139 y ss) y Huyssen (1986), especialmente el cap. 3, "Mass Culture as Woman: Modernism's Other." No quiero decir con esto que dicha cultura de masas se hallara ya objetivamente presente en el Chile de la segunda mitad del XIX, pero sí que el sector dirigente y la alta sociedad del país percibían el crecimiento urbano paulatino de Santiago y la inmigración rural hacia la capital como una suerte de invasión de las masas de bárbaros sobre las murallas de la metrópoli.

sultaba para él plenamente justificable. Era una suerte de desarrollismo literario, la culminación de un proceso de independencia, afirmada ahora en el plano cultural. Los intereses del público mismo en su forma nacional eran, en definitiva, los que legitimaban productos que en otros espacios no habrían encontrado demanda alguna. No se trataba de competir con los escritores europeos en la expresión de una sentimentalidad folletinesca en la cual ellos tenían todas las de ganar por el grado de desarrollo de su industria editorial, ni de intentar superarlos escribiendo las grandes novelas de la condición humana.³⁹ Más bien se trataba de aprovechar la coyuntura y necesidades nacionales. Según Blest Gana, “El espíritu de los pueblos jóvenes se alimenta con más sencillas producciones que el ya gastado de las naciones que han vivido mucho de la vida intelectual; entre nosotros puede ser nuevo lo que sólo arrancaría al refinamiento de aquellos pueblos una fría mirada de compasiva indiferencia. En América, pues, suelo pobre aún de notabilidades literarias, puede reclamarse mejor que en cualquiera punto de Europa la consideración i el apoyo para los talentos secundarios.”⁴⁰

Si se considera que el texto citado es de 1859, fecha a la cual la producción publicada de Blest Gana era muy escasa, se comprende que estaba realizando dos operaciones justificatorias pero algo contradictorias. De una parte estaba pidiendo y exigiendo la comprensión del público nacional lo que suponía en éste una capacidad de juicio por lo menos amenazante. De otra, y más importante aquí, estaba legitimando lo que comparativamente aparecía como la calidad deficitaria de los productos nacionales, con el recurso a la conocida metáfora digestiva que operaba frecuentemente en relación a la sociabilidad popular.⁴¹ El menú ofrecido era precisamente el

39. En su informe sobre el concurso que consagró ganadora a *La aritmética en el amor*, Lastarria y Miguel Luis Amunátegui afirmaron sobre *Judith*, otra de las novelas en concurso: “El objeto de la novela *Judith* es la pintura de una joven de dieciseis años, bella de cuerpo i de alma, que por desgracia se ha casado con un hombre vulgar. . . . Desde luego se advierte que la materia escogida por el autor de *Judith* es la misma que han espuesto, en una innumerable variedad de formas i con un brillo deslumbrador i una riqueza de fantasía portentosa, algunos de los ingenios más sobresalientes de Francia. Nuestro joven novelista provoca, pues, sin quererlo una comparación que había de serle más desfavorable” (en Lastarria 1906, 11:72).

40. La lucidez casi cruel de su diagnóstico no le impedía a Blest Gana entrever su propia salvación. Inmediatamente después agregaba, “de ese modesto círculo bien podría más tarde adelantarse el hombre en cuya frente el dedo de Dios hubiese estampado el sello resplandeciente del jénio.” En Blest Gana (1859, 52). El epígrafe de Eujenio Pelletan que encabeza el artículo de Blest Gana reza, “Tiempo es ya de establecer en este mundo la dignidad de los talentos secundarios.”

41. En 1858 Daniel Barros Grez lo expresó muy bien, en lo que se podría llamar “la teoría del pueblo a dieta”: “la educación del pueblo no debe ser a medias; ella debe naturalmente empezar por aquellos conocimientos necesarios e indispensables al individuo, según sea la posición que ocupe en la sociedad, sin adelantarle verdades que pueden trastornar a la sociedad misma, verdades que, mal comprendidas por la mayor parte, sólo sirven para introducir el desorden y la anarquía en la ilustración. Se debe hacer a imitación del médico, que

adecuado para el grado de desarrollo de los sistemas nacionales de procesamiento (al nivel autorial) y digestión cultural (al nivel lector), o el alimento justo que el cuerpo social chileno requería y lo único que la cocina literaria nacional podía ofrecer.⁴² La tensión se explica en parte por la inseguridad que afectaba al productor que además de nuevo en el mercado nacional, tenía la suerte y la desgracia de conocer muy bien lo que el francés ofrecía. Pero al mismo tiempo, alude también al grado de corrección que sería necesario emplear para redirigir el gusto activamente manifestado por los consumidores literarios en ese nuevo espacio de subjetivación en que se había transformado el mercado.

Es significativo que Blest no hablara de novela o de literatura nacional en este escrito titulado muy apropiadamente "De los trabajos literarios en Chile." No hay aquí ni la sombra de una alusión a la inspiración, y toda la empresa de la literatura en Chile parecía depender del grado de esfuerzo, dedicación y trabajo que los "cultivadores" pusieran en su empeño. Sólo dos años más tarde, pero habiendo ganado ya algo del reconocimiento popular y mucho del oficial, Blest Gana adquiriría la confianza suficiente para referirse a la novela nacional, ofrecer su programa y adjudicar con toda seguridad el nivel de sus producciones a las condiciones del público y ya no a sus propias limitaciones. Es que el discurso de la novela nacional suponía al mismo tiempo un grado de iluminismo nacionalizado, la certeza de una tarea civilizatoria y de formación y la aceptación de las concesiones a las características del proceso de educación que harían posible la tarea.

Sobre la genealogía ilustrada del programa de la novela nacional en el Cono Sur, son ilustrativas estas palabras de Juan Bautista Alberdi publicadas en Buenos Aires en el periódico *La Moda* en 1837, unos pocos años antes de trasladarse a su exilio chileno. Alberdi observaba:

La Moda, desde su origen, no ha sido establecida con mira de un lucro pecuniario. . . . Muy distinto y opuesto interés le ha dado origen. Tal vez no ha nacido una publicación más pura, del interés del bien público. La frivolidad de sus primeros números pudo presentar visos de seducción mercantil. Es cierto que se intentó seducir lectores, pero no para sacarles su dinero, sino para hacerles aceptar nuestras ideas. Ha seguido y seguirá empleando formas semejantes. Es una desgracia requerida por la condición todavía juvenil de nuestra sociedad.

Y para redondear el aspecto o la función patriótica de su labor, Alberdi añadía: "Que las niñas, que los jóvenes, que las señoras, que las personas todas de mundo nos lean con frecuencia, y el día menos pensado se verán con la inteligencia de las ideas y las hábitos más propios de este

observa atentamente el estado del estómago de su enfermo para darle la clase de alimento que necesita, apartando de su vista aquellos que pueden serle nocivos." Véase "Observaciones sobre nuestro sistema de enseñanza," *Revista del Pacífico* 1 (1858):129.

42. Según Blest Gana, "Pedir, por otra parte, a nuestra naciente literatura una completa originalidad, es exigir la agilidad del adulto al niño que empieza a dar sus primeros pasos apoyado en el brazo de su madre" (Blest Gana 1859, 52).

siglo: es todo nuestro intento: instruir instruyéndonos nosotros mismos, los unos leyendo los otros escribiendo: de todos es el deber: los lectores no están menos obligados a llenarle que nosotros” (Alberdi 1886–1887, 1:324).

Hay varios elementos que conviene destacar en el programa de Alberdi. Aunque se colocaba en el mercado y esperaba conseguir abundantes lectores, la racionalidad que presidía a la publicación no era ni exclusiva ni principalmente la del mercado. Las concesiones a la “seducción mercantil” querían conquistar (“seducir”) el corazón de los lectores con un propósito de edificación nacional muy específico.⁴³ En esta empresa, la labor del lector era por lo menos tan importante como la del autor. La producción de la sociabilidad que más convenía a la patria (“la inteligencia de las ideas y las hábitos más propias de este siglo”) resultaría sólo de la interacción entre unos y otros. La lectura, entonces, importaba no tanto, o por lo menos no simplemente, en cuanto vehículo neutro de las ideas así transmitidas. Mucho más relevante era la adquisición de las costumbres (las formas de sociabilidad) que se requerían para desarrollar el país. Instruir, como siempre han sospechado los pedagogos, no es puramente el informar sino sobre todo el acostumar. Es la adquisición de la información en tanto formación, información o re-forma del carácter. La materialidad misma del acto de leer aparece aquí como una de las formas y a la vez uno de los objetivos de lo que se pretendía alcanzar con la publicación. En este esquema, publicar o hacer público quería decir y ser literalmente eso.⁴⁴

Este se podría considerar, al menos en parte, el programa que en 1861 Blest Gana se veía a sí mismo desarrollando con su novela nacional. Las razones eran todavía parecidas a las de Alberdi en 1837: “Si por largos años y en casi todos los países, las letras han sobrellevado el epíteto de frívolas, el ilustrado espíritu del siglo las ha lavado de afrenta tan injusta. . . . Las letras deben por consiguiente llevar con escrupulosidad su tarea civilizadora y esmerarse por revestir de sus galas seductoras las verdades que puedan fructificar con provecho de la humanidad” (Blest Gana 1861, 116–17).

Aún más importante era que ambos apuntaran directamente al

43. Este mecanismo de “seducción justificada” podía ser utilizado con fines supuestamente más radicales, como señalaba el “prólogo” de la edición chilena de *Los misterios de París* de Eugenio Sue: “Uno de los medios pacíficos que pueden emplearse con este objeto [la regeneración moral] es la circulación de libros tan impresivos como el de Mr. Sue; libros superficiales en la apariencia y que no se buscan sino para llenar agradablemente los ratos de ocio; pero que dejan en el ánimo de los lectores una semilla fecunda de verdades morales, y que forman, sin sentirlo, una conciencia social” (citado en Garrels 1988, 437, nota). Formar su conciencia social sin que el sujeto formado lo sienta podría ser una buena formulación de algunos de los mecanismos de subjetivación lectora a los que este trabajo intenta apuntar.

44. Ya en 1812, lleno de espíritu patriótico, Camilo Henríquez, importante ilustrado chileno, dijo: “¿De qué sirve escribir, si la barbarie es tan grande que no hay quien lea? . . . La ilustración debe hacerse popular. . . . Véase “De la influencia de los escritos luminosos sobre la suerte de la humanidad,” en Promis (1977, 71).

componente genérico y generacional de la masa efectiva de lectores que de hecho se alcanzaba o se intentaba alcanzar. Por su composición ("las niñas, los jóvenes, las señoras" había dicho Alberdi, "la madre de familia y la niña" decía Blest Gana), este público requería de la elaboración de un nuevo género literario que fuera capaz de resolver los problemas que el género del lector le planteaba a este emergente intelectual nacional moderno.

El desafío estribaba en deshacer la antinomia que Alfredo Ovalle V. estableció en 1876: "La afición por la buena lectura no es una afición común ni un gusto mui jeneral; se necesita para tenerla, de un carácter especial, de una constancia marcada i más que todo de cierto desprecio por las frivolidades, los paseos i los otros pasatiempos, que son los mayores enemigos de la ilustración i, por consiguiente, también los mayores fomentadores de la ociosidad. Aquí cabía mui bien una sátira al bello sexo, pero perdonémoslo por lo que se le perdonan todos los males de que es causa: por bello."⁴⁵

Un enfoque nacional moderno del problema de los géneros (sexuales y literarios) disolvería esta contraposición clásica entre el estudio y el ocio, entre el estudio y la mujer, entre la lectura intensiva y la extensiva, entre la visibilidad social del corazón que se exhibe y la reclusión del espíritu que aprende, es decir, entre la lectura como placer intransitivo y la lectura como tarea productiva. La genialidad de Blest Gana en el contexto chileno reside en haber enfrentado un problema de género político (la construcción y homogenización de la nación) con una respuesta de género literario (el folletín y la novela de costumbres nacionales) que se hacía cargo del ingreso oficial a la historia chilena de un nuevo género de lectores (las mujeres y los sectores medios).

Andreas Huyssen ha apuntado que una de las movidas estratégicas claves del escritor moderno (europeo), paradigmáticamente representado por Gustave Flaubert, era identificarse con la mujer: "Madame Bovary c'est moi." Identificación no para compartir su suerte o solidarizar con la dominación de que ella es objeto sino para preservar su propia masculina posición de productor activo en el mercado (Huyssen 1986). Según Huyssen, se trata de una doble identificación, contradictoria pero muy efectiva. Por un lado, se trata del lugar relativamente marginal que la literatura y el arte empezaban a adquirir en una sociedad (moderna europea) cada vez más dominada por la ideología masculina de la productividad, la acción, el espíritu empresarial manifestados en el ámbito de los negocios, la industria, la ciencia y la ley. Por otro, el escritor se identificaba con la feminidad como una forma compensatoria de ilustrar su oposición a la sociedad burguesa. Blest Gana hizo en Chile lo propio, es decir, lo que parecía apropiable en las circunstancias nacionales. Para él, sin embargo, el modelo no fue Flaubert

45. "Los libros i los lectores," p. 264. Debe anotarse que aunque Ovalle "perdonó" todavía en 1876 a las mujeres por bellas, no es menos cierto que se vió forzado a contener la tentación de usar el lugar común tradicional, muy posiblemente por respeto y consideración de la importancia y peso de su propio público lector femenino.

sino su antecesor, Honoré de Balzac.⁴⁶ Aún así, es evidente que Blest Gana recogió todos los beneficios de su autopoicionamiento como productor de un discurso relativamente neutral entre las demandas de la cultura tradicional que excluían de lleno a la mujer de la participación y el consumo cultural socialmente relevante, por un lado, y la realidad de un público lector integrado en el cual las mujeres (y los sectores medios) habían adquirido o empezaban a adquirir gran peso comercial, por otro.⁴⁷

Describiendo el éxito de su novela en carta a un amigo, el propio Blest Gana dijo: "*Martín Rivas*. Sensación en el público, coro de felicitaciones, artículos lisonjeros, quejas de las mujeres cuando se interrumpe su publicación, cartas de elogios, todo llueve sobre el autor como una lluvia de flores."⁴⁸

Al considerar debidamente a su público femenino, Blest Gana no hacía sino seguir los consejos de su hermano Joaquín. En un texto excepcional aparecido en 1848, "Causas de la poca originalidad de la literatura chilena," Joaquín las reducía a las siguientes (entre otras): la carencia de un espíritu nacional, la hegemonía cultural de lo europeo, un cierto desprecio hacia lo chileno y la ausencia de un concepto nacional de la historia y la tradición patrias. Al finalizar su escrito, Joaquín Blest Gana agregaba como un último factor de ese retraso el predominio de la condición tradicional de total sumisión de la mujer. El punto parece en el texto, a primera vista, un tanto enigmático y ambiguo. La condición social retrasada de la educación de la mujer, decía el autor, ha afectado nuestra literatura en tanto ella ha sido la fuente de inspiración de tanto mal poeta románticoide.

Pero acto seguido, Joaquín Blest Gana sugería otra forma de enfocar el problema: "Hánse empeñado [nuestros poetas] en consagrar a la mujer casi todas las notas de su lira; de manera que, doblegándose al gusto superficial que ésta tiene, nuestra poesía, con algunas cortas i honrosas excepciones, ha vegetado hasta ahora en un insípido i eterno yo te amo, reproducido en diferentes metros."⁴⁹

Aunque acusaba a la mujer de "gusto superficial," no debe creerse que ésta no fuera más que otra de esas opiniones denigratorias de la inteligencia femenina a la sazón todavía comunes. Un poco antes, Joaquín Blest Gana había dicho:

46. Blest Gana escribió, "desde un día en que leyendo a Balzac hice un auto de fe en mi chimenea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista, y abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones." Carta de Blest Gana a Benjamín Vicuña Mackenna, 7 de enero de 1864, reproducida en Fernández Larraín (1991, 55). Blest Gana, sin embargo, se permitió rectificar a Balzac en un par de aspectos.

47. Esta tensión entre el control patriarcal de la esfera pública y el desarrollo de la capacidad lectora y argumentativa de las mujeres de (al menos) la alta sociedad chilena está ejemplificada en *Martín Rivas* en el personaje de doña Francisca. Los hábitos femeninos de lectura son además caracterizados por Edelmira.

48. Carta a José Antonio Donoso, en Fernández Larraín (1991, 47–48).

49. "Causas de la poca originalidad de la literatura chilena," *Revista de Santiago* 2 (1848):71.

No es extraño que la España, que estrechó el dominio intelectual del hombre Americano a tan mezquinos lindes, circunscribiese la instrucción de la mujer a una página del Año Cristiano, a los no mui poéticos trámites del Arte culinario. Las erróneas ideas que sobre el carácter social de la mujer profesaron nuestros abuelos, no se han del todo estirpado. . . . Nuestras madres, temiendo que el perfecto desarrollo de la intelijencia de sus hijas llenase nuestros salones de estiradas *blue stockings*, han limitado el imperio de la mujer al reducido mundo de los trajes, teatros i bailes. Esto es lastimoso, por cierto: nuestra literatura toda i principalmente la poesía se resentien de la menguada condición del bello sexo chileno.⁵⁰

Es decir, si las mujeres tenían según Joaquín Blest Gana un “gusto superficial,” esto no se debía a alguna cualidad esencial de su naturaleza sino que era el producto concreto de una práctica e ideas sociales muy específicamente localizadas en el tiempo y en el espacio. En tanto histórica, esa condición podía pues ser cambiada. En este cambio, las lecturas adecuadas debían jugar no pequeño papel. El problema, concluía Blest Gana; era educacional: “La civilización moderna, rehabilitando al sexo débil, apoya sobre él una gran parte del edificio que construye, e inscribiendo a la mujer en la cifra de los racionales libres, la marca una misión importante, no ya de inútil pasividad, sino de un efecto inmediato en la manera de ser de las sociedades. . . . La educación i carácter de la mujer debe pues influir poderosamente en la esfera literaria de los pueblos actuales.”⁵¹ Joaquín Blest Gana estaba reconociendo así algo que su hermano recogería muy bien unos años más tarde: que la mujer participaba de diversas maneras en la configuración social de la literatura y que tanto ella como los sectores medios en general podían hacerlo todavía más activamente si de algún modo se consideraban sus gustos.

A todo ello se sumó en la década de 1860 el interés del estado por alcanzar a esa masa (potencial y real) de lectores con narraciones en que lo nacional fuera el elemento aglutinador. Alberto Blest Gana descubrió así, trece años más tarde, que era posible levantar una plataforma de legitimación del escritor nacional sobre la base de una “literacy” nacionalizada que respondiera mejor que la tradicional a las circunstancias contemporáneas. Se podía entonces cortejar el apoyo de las lectoras con personajes como doña Francisca en *Martín Rivas* y aprovechar el interés de las mujeres y de los hombres de la clase media emergente por la crónica de lo cotidiano nacional.

Sarmiento había escrito en 1849 que en Chile circulaban cuatro o cinco tipos de libros: “los tratados elementales de educación,” “las novelas que se colectan de los folletines, de las cuales circulan ya en el país millones de ejemplares,”⁵² “las obras serias que se imprimen bajo la protección del

50. *Ibidem*. La expresión inglesa remite en Blest Gana a una nota al pie de página en donde se aclara: “Medias azules, que equivalen a nuestras literatas o doctoras.”

51. *Ibidem*, 70.

52. Como han apuntado Cánepa (1988, 25) y Subercaseaux (1993, 56), la referencia a millones de ejemplares de los folletines es sólo una exageración retórica destinada a enfatizar su efectiva popularidad.

gobierno y que pocos leen, y uno que otro libro original." El quinto tipo era el de "los que trae el comercio europeo."⁵³

El programa de Blest Gana demostró ser en la práctica un intento de fusionar todas estas categorías en un sólo tipo de texto. La novela nacional, en efecto, intentó ser simultáneamente una obra popular como los folletines, una obra moderna y seductora como las novelas europeas, una obra seria como las que merecían el apoyo del gobierno, una obra original en su apropiación textual de las costumbres nacionales, y una obra de educación de aquellos que la favorecieran con su lectura.

Sacando partido del estado de la circulación y producción social de discursos en Chile, Blest Gana proponía nacionalizar o re-nacionalizar la lectura privada que en su colectiva simultaneidad permitiría el afianzamiento generalizado de un tiempo y un espacio homogenizados por un mismo, único y extendido imaginario nacional. La lectura privada de novelas se transformaba así en una práctica social clave en el proceso de consolidación de la nación.⁵⁴

Había todavía un problema que era necesario enfrentar para asegurar la viabilidad social, es decir las posibilidades de aceptación y de legitimidad, de la novela nacional. Este último escollo era la moralidad de la lectura de novelas. La opinión de la Iglesia Católica tradicional, muy influyente todavía, sobre el consumo de literatura era bastante negativa. Aceptando el reto, Blest Gana sopesaba el argumento y proponía su solución:

Existe sí, un obstáculo más serio . . . para el novelista de costumbres que debe particularmente despertar el interés del lector con hechos de vida ordinaria. Este consiste en el respeto a la moralidad que ningún escritor puede olvidar. . . . El deber del novelista en este caso [pintar la sociedad como realmente es] no creemos que consista en evitar la mención de esos extravíos, sino en retratarlos de modo que no hieran a la moral. . . . La novela encerrada en los límites que acabamos de trazar, lejos de ser un disolvente de las buenas costumbres, puede dar muy ventajosas lecciones a esos espíritus inexpertos. . . . (Blest Gana 1861, 125)

Aunque no debe descartarse el efecto del público académico, compuesto en su mayoría por letrados tradicionales, al cual Blest Gana dirigió su "Discurso," la descripción de "la novela encerrada" hace justicia a la naturaleza conciliatoria de su proyecto de novela nacional. Sus novelas ofrecerían así el cuadro vivo y colorido pero domesticado y tamizado de las pasiones nacionales. Serían pasiones pero pasiones nacionalizadas. Sólo así podrían cumplir su propósito de construcción nacional, sólo de este modo se aumentaría la productividad nacional.⁵⁵

53. Véase "Biblioteca Americana: Su necesidad en Chile" (Sarmiento 1887-1900, 2:335).

54. Al intentar así aprovechar la estructura de la demanda lectora junto con las posibilidades que el llamado "*print capitalism*" le ofrecía, Blest Gana estaba llevando a cabo una operación triangular que fundamenta, según Benedict Anderson, el funcionamiento real del nacionalismo. Véase Anderson (1990).

55. Joaquín Blest Gana ya había anunciado este programa de conciliación en 1848 en su artículo "Tendencia del romance contemporáneo i estado de esta composición en Chile."

De esta manera, Blest Gana rectificaba a Balzac y al realismo francés en general en por lo menos un par de aspectos.⁵⁶ Doris Sommer ha apuntado uno de ellos al señalar que en *Martín Rivas*, se concilian dos elementos polarizados en las novelas de Balzac: la moral y el dinero (Sommer 1991, 209). En este mismo sentido, es posible sostener ahora que la novela nacional de Blest Gana esperaba también reconciliar moral y dinero en el espacio específico de la ficción en venta en el mercado nacional. Aunque nunca llegó a hacerse rico con los dineros producidos por la venta de sus novelas, Blest alcanzó a apreciar la diferencia que el éxito comercial podía significar en términos pecuniarios sin tener que sacrificar ninguno de sus objetivos de moralización nacional.⁵⁷

Es muy posible que Blest Gana haya soñado por lo menos hasta 1863 con transformarse en un escritor profesional como los que había leído en París.⁵⁸ Alguien que, merced a su esfuerzo, capacidad de percepción de las necesidades de la realidad circundante y trabajo sobre la lengua, pudiera realizar el deseo a la vez aristocrático y burgués de tornar el trabajo en placer. En 1863, recién aparecida su novela *El ideal de un calavera*, le escribió a José Antonio Donoso en una carta cuyo propósito era solicitarle un artículo crítico “que [Blest Gana] haría publicar en *El Mercurio* o en *La Patria*”: “Tú, que también has tenido como dice Charles Nodier *Le triste metier de conteur de fabioles*, me harás justicia al apreciar lo que te pido: busco lectores y aspiro a que mis novelas salven los límites de la patria y hagan cono-

Apareció en *Revista de Santiago* 1 (1848). Allí señalaba defendiendo el “romance contemporáneo porque es eminentemente rejenador”: “Lanzemos en buena hora un orden de proscripción en contra del romance que se presente en el palenque literario, acaudillando o sosteniendo un principio manifiestamente inmoral o subversivo a lo establecido, en lo que no puede tentarse reforma alguna. . . . Pero no hagamos universal el anatema, no involvamos en él producciones inocentes, que están bien lejos de herir en parte alguna a la moral o a la religión.” *Ibidem*, 248.

56. Ya Francisco Bilbao había advertido desde su exilio en Buenos Aires: “Querer reproducir a Balzac . . . es querer aplicar el bisturí que destroza el cadáver del corazón de la vieja Europa a nuestras sociedades infantiles. El escepticismo y la indiferencia es un espectáculo horrible en Europa, pero en América es ridículo.” Blest Gana recogió la advertencia pero desechó al menos parte del resto del programa de Bilbao, quien había propuesto: “Los elementos del drama en América están en el pueblo, están en la lucha de la religión de la Edad Media con la filosofía y, más que todo, están en las aspiraciones de la inmortal juventud que busca el camino de la verdad.” Ambas citas en Francisco Bilbao, “Un angel y un demonio,” artículo publicado en Buenos Aires en 1857 y reproducido en *Promis* (1977, 102–8, las dos citas vienen en 103).

57. En 1864 en carta a Benjamín Vicuña Mackenna, Blest Gana le decía: “El secreto de mi constancia está en que escribo, no por culto a la gloria, que no existe ni aún con oropeles entre nosotros; no por ambición pecuniaria, porque sólo últimamente mis trabajos empiezan a producirme algún dinero, sino por necesidad del alma . . .” (en Fernández Larraín 1991, 55).

58. La fecha corresponde a la publicación de *El ideal de un calavera* y antecede el comienzo de la carrera política y diplomática del autor y el largo hiato literario que continuaría hasta 1897.

cer mi nombre en el resto de América. Que los que me hayan leído me juzguen."⁵⁹

Para ello todo lo que parecía necesario realizar era transformar el placer (de la producción autorial y de los lectores) en trabajo (profesional). En otra carta al mismo Donoso, Blest Gana le dijo en 1859 (dos años antes de su primer éxito significativo): "Por lo que hace a mí, apartado ahora completamente del mundo, aprovecho mi tiempo en estudios profesionales y en amenas lecturas, no olvidándome de echar de cuando en cuando mi plumada como el único goce de mi estéril existencia. Si este año no me hago sabio será porque en mí no hay molde en que quepa; pero en pocos como en éste he podido dedicarme con más contracción al estudio y a la lectura."⁶⁰

El éxito parecía depender así de una adecuada combinación de lectura, trabajo y estudio. El reto era ser capaz de conciliar las "amenas lecturas," tanto las propias como las ajenas, con los "estudios profesionales." Con este objetivo, en vez de insistir en su discurso programático en la protección arancelaria frente a las importaciones como un paso previo a la producción nacional (el argumento proteccionista), Blest Gana tomaría literalmente el aviso que en 1876 enunció Zorobabel Rodríguez respecto a la forma legítima de competir en el mercado: produciendo mejor lo que el mercado a la vez exige y permite.⁶¹ En el caso del autor de *Martín Rivas*, sería la novela nacional. Para hacerlo, Blest Gana aprovechó el mismo mecanismo que, según Fanor Velasco, movía el interés público que la sección "crónica" del diario despertaba. Todos querían en la crónica conocer y explorar mejor lo conocido:

Todos los lectores, frívolos i serios, la recorren con curiosidad. Saber qué pasa es uno de los más ardientes deseos que experimenta el público. . . . El diario está en la obligación de darnos noticias que ignoramos i de repetirnos noticias que sabemos. Mientras mejor conocemos el hecho que se nos narra, con más interés leemos su descripción. Es lo que pasa con una comedia de costumbres por ejemplo; pero, como en este caso, exigimos en aquel que una chispa de inteligencia disminuya la opacidad de las cosas que han llegado a sernos familiares. (Velasco 1873, 471)⁶²

59. En Fernández Larraín (1991, 51). Es ésta una carta en que Blest Gana parece haber empezado a manejar los principios modernos de la autopromoción del escritor profesional. Concluía contrastando la pereza de su amigo—escritor aficionado—a su propia actividad escrituraria. Compárese este optimismo de 1863 con la visión que en 1858 Blest Gana le comunicó al mismo Donoso: "La *Revista del Pacífico* concluirá, según creo, con el próximo número. Esto lo había yo previsto hace largo tiempo. Es imposible en Chile, donde la literatura es un pasatiempo para los que la cultivan, sostener un periódico por algunos meses: la falta de materiales es un obstáculo insuperable." En Fernández Larraín (1991, 48).

60. Carta ya citada a José Antonio Donoso (en Fernández Larraín 1991, 49).

61. Zorobabel Rodríguez, "La cuestión obrera I," *El Independiente* (Santiago), 13 de diciembre de 1876, reproducido en Grez Toso (1995, 255–57).

62. El espacio profesional por excelencia para muchos escritores modernos latinoamericanos sería, años después, la crónica de alto nivel, como han estudiado Ramos (1989) y Rama (1970). Aníbal González ha propuesto que el periodismo sensacionalista de las "crime stories" es el modelo discursivo principal del *Facundo* de Sarmiento. Véase González (1993, 60).

El peligro que había que evitar era el de convertirse simplemente en otro “traductor o redactor de tijera” (Velasco 1873, 475), es decir, en el apresurado y deficiente traductor de los discursos elaborados por otros en Europa. En cambio, como quería Velasco para el redactor chileno de noticias, había que adaptar aquel discurso viendo las realidades con ojos nacionalizados, acostumbrados a darle el color y sabor local que sólo el conocimiento y familiaridad con la historia y la sociedad chilena podían dar.

En Chile, sostenía Blest Gana en 1861, había pocos novelistas. Su diagnóstico era el siguiente: “reconocemos como causa principal de este fenómeno . . . el natural desaliento que infunde la idea de luchar con la muchedumbre de novelas europeas puestas a tan bajo precio por la industria moderna en manos de los lectores” (Blest Gana 1861, 120).

Pero si esto había sido hasta ese momento un obstáculo, podría ser en realidad un estímulo y una posibilidad pues confirmaba que ya se había desarrollado un público lector, una opinión pública. Con todo lo dudosos que habían sido los folletines europeos de los diarios, dijo Blest Gana, “la afición a la lectura ha ganado inmenso terreno en Chile.” Entonces una importación que había producido una democratización de ciertas prácticas culturales demandaba una sustitución de importaciones. Había que sacarle partido a “un público que si en parte ha viciado su gusto . . . posee no obstante, un criterio ejercitado por la lectura y un gusto contraído de antemano por tan saludable pasatiempo” (Blest Gana 1861, 121). Había pues un mercado y convenía a todos aprovecharlo.

La tarea no era fácil ya que, como muy bien vió Blest Gana, requería de un cierto cambio de la sensibilidad lectora que ya en 1864 parecía arraigada en el público. Juan Vicuña en carta de ese año le sugería que escribiese una novela del campo chileno. Ante la propuesta, Blest Gana le respondió: “. . . el público, viciado su gusto por novelas de estupenda trama, como las francesas recién desprestigiadas y las españolas en voga, naturalizado con el diálogo y costumbre de personajes europeos, empieza apenas a admitir que le presenten escenas y personajes chilenos, y cerraría el libro que quisiese hacer asistir al desarrollo de su intriga cuyos actores principales deberían ser huasos incultos y codiciosos hacendados, condenando además al autor de tal propósito” (en Fernández Larraín 1991, 61).

Esta carta demuestra que Blest Gana tenía plena conciencia de la existencia de un mercado y una demanda lectora que podía ser aprovechada y que percibía también que éstos tenían límites y posibilidades que había que explorar con mucha precaución. La sensibilidad lectora moderna en el Chile de la época parecía exigir ambientes y personajes urbanos, además de intrigas, pasiones y ritmo narrativo a la altura de tal escenario.

Desde otro punto de vista, los conservadores veían también lo que su perspectiva descubría como los muchos peligros del mercado. L. Barros Méndez señalaba en 1889, “El aura popular, el aplauso del vulgo necio y la

alabanza de la gacetilla de los diarios son cosas igualmente malsanas para un joven que empieza a hacer pinicos en literatura" (Barros Méndez 1889, 819).

Esta era la reacción conservadora de la cultura aristocrática y letrada tradicional, que no podía ver con buenos ojos que en vez de heredarse de respetable padre a respetuoso hijo, las reputaciones públicas y con ellas las literarias se transaran ya no exclusivamente en el ámbito semi-privado del salón y dentro de un solo género (sexual, literario y social o de clase) sino también en el mercado.⁶³ Es que el mercado significaba el acceso al consumo y a la producción—y con ellos a una cierta forma de poder social—de sectores tendencialmente cada vez más amplios de la clase media o de lo que entonces se llamaba "el medio pelo."⁶⁴

Aquella percepción conservadora de que algo parecía estar irremediablemente cambiando, y no para bien, se manifestó en la serie de factores con que irónicamente Pedro N. Cruz describió en 1878 el progreso nacional:

Volamos por el sendero del progreso. Véase si no.

La plebe comete toda clase de crímenes i en tan gran número como en los países más adelantados. . . . Los artesanos se nos han vuelto artistas. Tienen clubes i sociedades filarmónicas. Algunos ya principian a abrir los ojos i a no creer en Dios, señal inequívoca de civilización.

Las mujeres han hecho sus tentativas de emancipación literaria, lo cual han conseguido plenamente por la razón de que nadie las tenía sujetas. A Dios gracias, ya se les acabó el alboroto.

Nuestra hacienda pública tiene un deficit que nos honra i que va en aumento (Rodríguez 1878, 1001)

Se advierte asimismo en la cita, por una parte, que las conquistas sociales de las mujeres se asociaban en el espíritu conservador muy directamente con los logros de la incipiente clase trabajadora. Por otra, se ve que la racionalidad laica o gubernamentalidad estatal había ya empezado a separarse nítidamente de la racionalidad católica. Por último, se percibe que los avances educacionales y la transformación paulatina de la "literacy" chilena impulsados por el estado al mismo tiempo que significaban procesos de sujeción del sujeto a algo (formas de control del ciudadano nacional) eran también formas de subjetivación de alguien (formas pues de potenciación).

63. Todavía en 1910, Jorge Huneeus Gana señaló: "La novela por entregas: he ahí el género desgraciado en que se han malogrado casi todos los ingenios chilenos que, estimulados tal vez por la gloria de Blest Gana, pero seducidos por espejismos de lucro editorial, se consagraron a la novela" (Huneeus Gana 1910, 743).

64. En sólo unos pocos años más, hacia el fin de siglo, se consolidaría además una cierta presencia de los sectores populares en el mercado de lo escrito. Véase Subercaseaux (1988, 279 y ss).

CONCLUSION

Si se recogen ahora los dos hilos con que he estado tejiendo este texto, se percibirá mejor otro aspecto importante de la generificación o regenerificación del discurso sobre la novela nacional que Blest Gana llevó a cabo. Hablé primero de una identificación social de la lectura de folletines con las mujeres que supuestamente constituían su público mayoritario. Destaqué, asimismo, cómo en dicha identificación se le adjudicaban a los folletines una serie de valores socialmente feminizados como el placer, la sensualidad, la facilidad, el cambio repentino, la negación de “la verdadera productividad” y la moda. Lo que me interesa subrayar ahora es que la propuesta transaccional de la novela nacional a manos de Blest Gana sólo fue posible a partir de una masculinización relativa de la posición autorial “femenina” o “subalterna” que como percepción de sí mismo tenía el autor de *Martín Rivas* en el mercado nacional e internacional. El desplazamiento hacia la novela de costumbres fue muy claramente una respuesta a la estructura de la demanda lectora. Pero no fue solamente eso. Respondía también, por un lado, a la posición de Blest Gana con respecto a la “literacy” clásica y conservadora todavía importante en los círculos letrados chilenos y, por otro, al lugar que Blest Gana se veía a sí mismo ocupando al compararse con los autores franceses que había leído en París (Balzac, Stendhal). Es este segundo aspecto de la identificación blestganiana con los “talentos secundarios” el que es preciso destacar ahora. En ella se cruzan aquellas dos hebras textuales que organizaron este trabajo: letras y folletines, “cultura nacional deseada” y prácticas culturales dirigidas por la lógica del mercado, hombres y mujeres, elite y “medio pelo,” literatura nacional e internacional.

Más allá de su efectiva inspiración burguesa y de su justificación nacionalista, la conciencia que Blest Gana tenía de pertenecer al ámbito de los que producían sobre todo con laboriosidad y dedicación (los “talentos secundarios” más que los genios inspirados) le colocaba objetivamente en una posición posible de identificación subjetiva con la subalternidad cultural femenina y popular. La existencia de esas nuevas masas de lectores, menos preparadas para digerir y menos dispuestas a consumir la alta cultura, lo reclamaba como autor de ficciones especialmente diseñadas para satisfacer y ennoblecer nacionalmente tal demanda (una posición de relativa superioridad). Pero al mismo tiempo, lo justificaba como “talento secundario” frente a la dolorosa conciencia de la inferioridad relativa (o así percibida) con respecto a los grandes hombres de la literatura francesa de la época. En tanto autor nacional moderno, Blest Gana entonces utilizó en más de un sentido las posibilidades de un autopoicionamiento estratégico. Una identificación parcial (y sublimada por lo nacional) con la feminidad de su público—tanto el de las mismas mujeres como el de “medio pelo”—le brindó, al interior del campo cultural chileno, la oportunidad de encontrar y satisfacer a sus lectores y, con el mismo gesto, legiti-

marse como autor-productor. Blest Gana produjo así, como ha sostenido la crítica tradicional, el desarrollo de la novela en Chile. Pero al mismo tiempo, fue producido por la evolución y características de un público lector y por su propia transformación de lecturas europeas en productos textuales legítimos y apropiados para y en el ámbito nacional. Si es cierto entonces que Blest Gana fue el padre de la novela chilena, no lo es menos que las numerosas "madres" y lectoras (y los lectores subalternos emergentes en general) le crearon el espacio y la oportunidad en el que su propia producción y figura autorial nacional resultaron posible.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- AGUIRRE V., VICENTE**
1873 "Literatura perniciosa." *La Estrella de Chile*.
- ALBERDI, JUAN BAUTISTA**
1886–1887 *Obras completas*. Buenos Aires: Imprenta de "La Tribuna Nacional."
- ALONE (HERNAN DIAZ ARRIETA)**
1940 *Don Alberto Blest Gana: Biografía y crítica*. Santiago: Nascimento.
- ANDERSON, BENEDICT**
1990 *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso.
- BARROS LEZAETA, LUIS, Y XIMENA VERGARA JOHNSON**
1978 *El modo de ser aristocrático: El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*. Santiago: Aconcagua.
- BARROS MENDEZ, L.**
1889 "Proyecto de hospital literario." *Revista de Artes y Letras* 16:819.
- BARTHES, ROLAND**
1977 "The Death of the Author." En Roland Barthes, *Image, Music, Text*, 142–48. New York: Hill and Wang.
- BENNETT, TONY**
1990 *Outside Literature*. London: Routledge.
- BLEST GANA, ALBERTO**
1859 "De los trabajos literarios en Chile." *La Semana*, 11 junio de 1859.
1861 "Literatura chilena: Algunas consideraciones sobre ella." Discurso leído por Alberto Blest Gana en su incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, el 3 de enero de 1861. Reproducido en PROMIS 1977.
1977 *Martin Rivas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- BRITO, EUGENIA**
1995 "Teresa de Rosario Orrego: Una lectura política del amor." *Revista de Crítica Cultural*, no. 11:44–48.
- CANEPA, GINA**
1988 "Folletines históricos del Chile independiente y su articulación con la novela naturalista." *Hispanamérica*, no. 50:23–34.
- CERTEAU, MICHEL DE**
1984 *The Practice of Everyday Life*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- CHARTIER, ROGER**
1987 *The Cultural Use of Print in Early Modern France*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
1994 *The Order of Books*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.

Latin American Research Review

- CHARTIER, ROGER, ED.**
1993 *Pratiques de la lecture*. Paris: Petite Bibliotheque Payot.
- CONCHA, JAIME**
1977 "Prólogo" a Alberto Blest Gana, *Martín Rivas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- CORTAZAR, JULIO**
1991 *Rayuela*. Edición crítica de Julio Ortega y Saúl Yurkievich. Madrid: Colección Archivos.
- DARNTON, ROBERT**
1984 *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*. New York: Basic Books.
1990 *The Kiss of Lamourette: Reflections in Cultural History*. New York: Norton.
- DAVIDSON, CATHY N., ED.**
1989 *Reading in America: Literature and Social History*. Baltimore, Md.: John Hopkins University Press.
- DE CERTEAU, MICHEL**
1984 *The Practice of Everyday Life*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- ECO, UMBERTO**
1981 *Lector in fabula: La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.
- EDWARDS, ALBERTO**
1989 *La fronda aristocrática*. Santiago: Editorial Universitaria.
- ENGELSING, ROLF**
1974 *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland, 1500–1800*. Stuttgart: Metzler.
- FERNANDEZ LARRAIN, SERGIO, ED.**
1991 *Epistolario: Alberto Blest Gana, 1856–1903*. Santiago: Editorial Universitaria.
- FISH, STANLEY**
1980 *Is There a Text in This Class? The Authority of Interpretative Communities*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- FOUCAULT, MICHEL**
1984 "What Is an Author?" En *The Foucault Reader*, editado por Paul Rabinow, 101–20. New York: Pantheon.
- GARRELS, ELIZABETH**
1988 "El *Facundo* como folletín." *Revista Iberoamericana* 54, no. 143 (abril–junio):419–47. Número especial dedicado a Domingo Faustino Sarmiento (1811–1888).
- GONZALEZ, ANIBAL**
1993 *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GONZALEZ STEPHAN, BEATRIZ**
1987 *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas.
- GREZ TOSO, SERGIO, ED.**
1995 *La cuestión social en Chile: Ideas y debates precursores*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- HERNANDEZ PONCE, ROBERTO**
1977 "Bachillerato y títulos profesionales para mujeres: Ideas y pasiones de hace cien años." *Revista de Educación*, no. 63 (julio–agosto).
- HOLUB, ROBERT C.**
1984 *Reception Theory: A Critical Introduction*. London: Routledge.
- HUNEEUS GANA, JORGE**
1910 *Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*. Santiago: Biblioteca de Escritores de Chile.
- HUYSSSEN, ANDREAS**
1986 *After the Great Divide: Modernism, Mass Culture, Postmodernism*. Bloomington: Indiana University Press.
- ISER, WOLFGANG**
1974 *The Implied Reader*. Baltimore, Md.: John Hopkins University Press.
- JAUSS, HANS ROBERT**
1982 *Toward an Aesthetic of Reception*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- JOCELYN-HOLT, ALFREDO
1992 *La independencia de Chile*. Madrid: MAPFRE.
- KREBS, RICARDO, ET AL.
1981 *Catolicismo y laicismo: Seis estudios*. Santiago: Nueva Universidad.
- LABARCA, AMANDA
1939 *Historia de la enseñanza en Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria.
- LASTARRIA, JOSE VICTORINO
1906 *Obras completas*. Santiago: Imprenta Barcelona.
- MAMALAKIS, MARKOS J.
1980 *Historical Statistics of Chile*, vol. 1, *Demography and Labor Force*. Westport, Conn.: Greenwood.
- MASIELLO, FRANCINE
1992 *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- POBLETE, JUAN
1997 "El castellano: La nueva disciplina y el texto nacional en el fin de siglo chileno." *Revista de Crítica Cultural*, no. 15:22–27.
- PROMIS, JOSE
1977 *Testimonios y documentos de la literatura chilena*. Santiago: Nascimento.
- RADWAY, JANICE
1987 *Reading the Romance: Women, Patriarchy, and Popular Culture*. London: Verso.
- RAMA, ANGEL
1970 *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- RAMON, ARMANDO DE
1992 *Santiago de Chile (1541–1992): Historia de una sociedad urbana*. Madrid: MAPFRE.
- RAMOS, JULIO
1989 *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Mexico City: Fondo de Cultura Económica.
- RODRIGUEZ, ZOROBABEL
1878 "Los jóvenes ilustrados." *La Estrella de Chile* 11 (1878), no. 573.
- ROMERO, JOSE LUIS
1976 *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Mexico City: Siglo Veintiuno.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO
1887–*Obras completas*. Buenos Aires: Moreno.
1900
- SEMINARIO DE HISTORIA DE LA EDUCACION EN MEXICO
1988 *Historia de la lectura en México*. Mexico City: Colegio de México y Ediciones del Ermitaño.
- SERRANO, SOL
1994 *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- SILVA CASTRO, RAUL
1941 *Alberto Blest Gana*. Santiago: Imprenta Universitaria.
1955 *Panorama de la novela chilena (1843–1954)*. Mexico City: Fondo de Cultura Económica.
1960 *Evolución de las letras chilenas, 1810–1960*. Santiago: Andrés Bello.
- SOMMER, DORIS
1991 *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO
1981 *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX: Lastarria, ideología y literatura*. Santiago: Aconcagua.
1988 *Fin de siglo, la época de Balmaceda: Modernización y cultura en Chile*. Santiago: Aconcagua.
1993 *Historia del libro en Chile*. Santiago: Andrés Bello.
- TOMPKINS, JANE P., ED.
1980 *Reader-Response Criticism: From Formalism to Post-Structuralism*. Baltimore, Md.: John Hopkins University Press.

VELASCO, FANOR

1873 "La prensa diaria: Lo que es i lo que debiera ser." *Revista de Santiago* 3:471.

VERA LAMPEREIN, LINA

1994 *Presencia femenina en la literatura nacional*. Santiago: Cuarto Propio.

VILLALOBOS, SERGIO, ET AL.

1993 *Historia de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.